

La Acción Católica Colombiana

Teníamos una vaga información del movimiento social-católico en la república vecina. Conocíamos, poco más que por el nombre, la Coordinación Nacional de la Acción Social Católica Colombiana. No hace mucho nos sorprendió, al azar, la noticia precisa de que la UTC. (Unión de Trabajadores Colombianos) contaba con ciento cincuenta mil afiliados. Así al mismo tiempo, con ocasión de la llegada del P. José Ledit a Bogotá, oímos hablar de un Instituto de Formación Social Sacerdotal.

Nos interesaba precisar tan significativos detalles y descubrir el secreto del éxito sorprendente del movimiento social-católico en Colombia que delataban las estadísticas. Ello nos llevó el pasado mes de agosto a visitar la altiplanicie de Bogotá.

Lo que aprendimos en nuestra corta estancia, fraternalmente atendidos por los más eficaces gestores del movimiento, nos ha servido de saludable lección, que gustosos comunicamos a nuestros lectores. No solamente porque la Acción Católica Colombiana es tan premeditada y certera que en lo referente al método de organización, no le hallamos superior en cuantos movimientos similares conocemos en el mundo católico, sino principalmente porque las circunstancias de clima, trabajo y carácter del conglomerado étnico son tan similares en Colombia y Venezuela, que el estudio de sus ensayos y experiencias resultará singularmente aleccionador para los apóstoles de nuestras incipientes organizaciones católico-sociales.

La Conferencia Episcopal de 1944.

La Acción Social Católica Colombiana, en su forma actual, data de 1944. Nació de una Conferencia Episcopal y tiene en

su esquema de organización algunos rasgos similares a la Acción Católica.

En Colombia, como ha sucedido en Venezuela, precedieron a la Conferencia Episcopal de 1944, múltiples ensayos particulares de Acción Social Católica.

Cajas de ahorro y Sindicatos en Antioquia; organizaciones agrarias en Tolima; Centros Obreros, como el de Pamplona; un Secretariado Social, fundado por el P. Moreno; Cursos Sociales por correspondencia, de los PP. Andrade y Galvis; Sindicatos Católicos en conexión con la Acción Católica en Cundinamarca bajo la inspiración de Mons. González Arbeláez; la YOC, de los hermanos Murcia y la Sociedad de San Juan; el interesantísimo ensayo Acción Social Rural de Mons. Agustín Gutiérrez en Fómeque; y el célebre Círculo de Obreros del P. Campoamor, S. J. en Bogotá. No dudamos que es incompleta esta enumeración de un observador extranjero y algo lejano del campo de los acontecimientos. Muchas de estas obras fracasaron por compromisos económicos, otros por conflictos y discusiones de organización con la Acción Católica. Otros han sobrevivido y son el germen del actual movimiento. Pero faltaba en todos ellos el valor de la unidad de acción; el control central de la Jerarquía; y muchas veces la técnica de la acción sindical con miras a una confederación nacional de obreros católicos.

La Conferencia Episcopal de 1944 recibió del Nuncio de S. S., Mons. Serena, la insinuación de que se abordara en ella con decisión la organización de la Acción Social Católica. Mons. Ocampo, entonces Obispo Coadjutor de San Gil, presentó un proyecto que la Asamblea hizo examinar por una Comisión, presidida por Mons. Afanador, Obispo de Pamplona.

El resultado fué halagador. Se decidió la creación de la Acción Social Católica en esfera nacional con métodos muy similares a la Acción Católica. Para presidirla se nombró una Comisión Episcopal, compuesta por los cuatro Arzobispos de Colombia. Ellos habían de lograr personalidad jurídica para la institución, y colocarían al frente de ella, como ejecutor de sus decisiones, un sacerdote con nombre de Coordinador Nacional. En cada Diócesis el Prelado respectivo nombraría a su vez un Coordinador diocesano. Todos los párracos quedaban advertidos de la obligación de fomentar en su feligresía la Acción Social Católica, lo mismo que los centros de Acción Católica.

Hay que confesar que al iniciarse la Conferencia no reinaba en las altas esferas de la Jerarquía un sentido optimista. Recientes fracasos económicos de sindicatos y centros obreros católicos hacían mirar la empresa, como difícil y peligrosa.

A pesar de todo la verdad es que el año 1944 señala para Colombia una fecha afortunada. El éxito de la Acción Social Católica es mérito fundamental de la orientación que se le dió a los organismos de Coordinación Nacional y Diocesana.

La Coordinación Nacional.

Era manifiesta la conveniencia de un Secretariado Nacional, que coordinara, en nombre de la Comisión Episcopal, todo el movimiento social que se trataba de crear en Colombia. Pero surgían serias dificultades sobre sus características. ¿Qué autoridad se le concedía al Coordinador Nacional, especie de Asesor General eclesiástico del movimiento?

¿Cómo se financiaban los gastos de la Coordinación? La respuesta a estas interrogantes fué tan sagaz y oportuna, que no dudamos en señalar en ella el secreto de los éxitos de Acción Social Católica Colombiana.

La respuesta de la Comisión Episcopal fué la siguiente:

1º El Coordinador Nacional sería un sacerdote, que en nombre de la Comisión Episcopal formada por los cuatro Arzobispos de Colombia, llevaría la directa representación de la personalidad jurídica de la Acción Social Católica.

2º No tendría jurisdicción directa sobre los organismos sindicales que surgieran. Estos serían autónomos. El Coordinador y sus colaboradores recibían la misión de orientar, servir y ayudar a la

unificación y eficacia de las nascentes organizaciones. Tanto más buscada sería su intervención cuanto se hicieran más útiles sus servicios.

3º La Coordinación Nacional debería busca por sí misma, sin esperarlo de la Jerarquía los medios para su financiación.

Estas mismas características debían tener en su esfera las Coordinaciones diocesanas.

La eficacia de la Coordinación.

Es obvio que el éxito de la Coordinación, tanto Nacional como diocesana, dependía del mayor o menor aliento organizador de las personas a que se encomendara. Podía, por desgracia, transformarse en una mera burocracia papelera e ineficaz. Aunque sus características fundamentales, arriba mencionadas, le imprimían, con singular acierto, las ventajas de lo oficial y las urgencias de la iniciativa privada.

La Comisión Episcopal tuvo, sin duda, un gran acierto al escoger para el cargo de Coordinador Nacional, al R. P. Vicente Andrade Valderrama S. J., Profesor de Sociología y Moral en la Universidad Javeriana de Bogotá. El acierto se completó cuando los superiores de la Compañía de Jesús colocaron al lado del Coordinador Nacional varios jóvenes jesuitas de extraordinario dinamismo y evidente vocación social.

La primera empresa —empresa ardua y definitiva— de la Coordinación Nacional fué buscar, en los cuatro primeros meses de su fundación, medios sólidos de financiar su vasto plan de apostolado. A fines de 1944 están aseguradas las bases económicas de la Coordinación.

Desde 1945 a 1950 son tres las empresas en que se han empeñado con felices resultados:

1.— La creación de un órgano de publicidad y propaganda: **Justicia Social**, Semanario tabloide de ocho páginas, admirablemente redactado e impreso. En sus mejores días llegó a tirar 40.000 ejemplares.

Recientemente la Coordinación Nacional ha recibido un formidable colaborador para la propaganda radial: el Pbro. Joaquín Salcedo, quien comenzó en una aldea de Boyacá un apostolado cultural y moral por la radio, lo extendió más tarde a todo el valle, posteriormente a toda Boyacá y en la actualidad recibe órdenes de su antiguo prelado, hoy Primado de Bogotá, Mons. Luque, de sumarse a la Coordinación Nacional de

Acción Católica, para darle proyecciones nacionales a su genial apostolado.

2º Formación de dirigentes

Sindicatos y Ligas Agrarias, por su misma esencia, no son organismos que puede conducir, aunque sí asesorar el sacerdote. Los controlan los propios obreros y campesinos. De donde se deduce la perentoria necesidad de formar dirigentes sindicales. En este sentido la Coordinación Nacional tuvo una visión cierta del problema desde su fundación y una eficacia sorprendente. Inició sus cursos internos de 15 días para dirigentes obreros. En estos cursillos intensivos se hacen dos días de Ejercicios Espirituales de San Ignacio. Los demás días se estudia la Ley de Trabajo, la Doctrina Social Católica, la Psicología del dirigente y se hacen prácticas de oratoria, dirección de asambleas y debates y contabilidad sindical.

Un dato estadístico basta para comprobar que en este sentido la diligencia de la Coordinación ha sido ejemplar: se han dado cursillos internos de 15 días a 3.000 dirigentes obreros; de los cuales unas 250 siguen recibiendo un especial cultivo espiritual y social de los Asesores y Coordinadores.

3º Formación social de los sacerdotes.

También en este orden ha sido eficaz la solicitud de la Coordinación. Se han multiplicado los cursos y conferencias para sacerdotes y seminaristas de toda la República. Todos los años se celebra en Bogotá la Asamblea de Coordinadores de todas las diócesis; asamblea que se convierte en realidad en cursillo intensivo, en el que estudian las consignas del próximo año y se unifican las iniciativas.

Recientemente se ha fundado un Instituto de Formación Social Sacerdotal, similar al que dirige en Málaga, de España, Mons. Angel Herrera. No se han podido realizar cursos en la misma forma que en España. Se pensó en seis meses de estudio; pero los Prelados se veían imposibilitados de prescindir por seis meses de sus párrocos, pues también en Colombia escasea, aunque en menor grado que en Venezuela, el clero. Finalmente se han iniciado cursos intensivos de un mes, con intención de escaonarlos en nuevos cursos. El primer ensayo de un curso mensual, para el que

se llamó, entre otros profesores, al P. José Ledit, del Canadá, notable especialista en asuntos soviéticos, resultó un éxito completo.

Así es cómo la Coordinación Nacional ha cumplido su programa: buscó y halló por sí misma los medios de financiación; y sin atribuirse derechos de jurisdicción en ninguna obra, ha logrado hacerse necesaria, porque es útil y eficaz.

Los resultados.

Fuera de la creación de un ambiente de preocupación social en todas las esferas católicas —las más reacias, las plutócratas, despertaron con ocasión del trágico bogotazo— se ha llegado a la realidad de una brillante Confederación de Obreros Católicos Colombianos. Se llama Unión de Trabajadores Colombianos (UTC) y cuenta en la actualidad con cien mil campesinos y cincuenta mil obreros industriales sindicados. Ello supone: Sindicatos, Ligas Agrarias, Cooperativas, Bolsas de Trabajo, Cajas de Ahorro, Granjes Agrícolas y otras instituciones que no podemos detallar. Cada región o provincia cuenta con su Federación. Las más poderosas son la UTRAN, Unión de Trabajadores de Antioquia y la UTRABO, Unión de Trabajadores de Boyacá. La primera, casi exclusivamente industrial, con cerca de 40.000 obreros; la segunda, con otros tantos, casi totalmente agrícola.

La UTAC es hoy la más poderosa Confederación obrera de Colombia, ya que la CTC, controlada un día por los comunistas y socialistas, está en decadencia y dividida en dos secciones, liberal y marxista, que se discuten los derechos de la personería jurídica.

Mientras tanto se multiplican los centros Católico-Sociales en todos los rincones de la República; se suceden sin interrupción los cursillos internos de dirigentes sindicales; Justicia Social informa del movimiento; y palpita en germen una de las más sólidas y mejor concebidas organizaciones nacionales de Acción Social Católica, que existen en el mundo. No han faltado tropiezos económicos en cooperativas y otras iniciativas, a veces demasiado rápidas, improvisadas u optimistas. Pero no han interrumpido la marcha triunfal de la Acción Social Católica Colombiana, presidida por la Jerarquía y por lo mismo bendecida de Dios.